

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

LOS JORNALEROS LLAMADOS A TRABAJAR A LA VIÑA. MT. 20, 1-16

Explicación. — Sólo el primer Evangelista nos ha conservado esta bellísima parábola. Todo en ella es simple y claro, y parece no necesitar siquiera comentario; con todo, el Crisóstomo ve en ellas oscuras profundidades. Su objeto, prescindiendo de abstrusas interpretaciones y aplicaciones, no es otro que indicar que, delante de Dios, no tienen las obras de los hombres mérito alguno sino el que arranca de la liberalidad del mismo Dios. No basta la actividad del hombre; es precisa la gracia de Dios, que informa y eleva el acto humano. Por lo mismo, no es la duración, sino la gracia de Dios y su cooperación a ella, la fuente del mérito.) Podemos dividir la parábola en dos partes: los obreros llamados a diferentes horas (1-7); la paga (8-16).

LOS OBREROS (1-7).

Había dicho Jesús últimamente que los primeros serían postreros y viceversa. Ahora va a demostrar esta tesis, que repetirá como conclusión de la parábola. Semejante es el Reino de los cielos a un hombre padre de familias..., acontece en el Reino de Dios, que abarca el tiempo y la eternidad, lo que hizo un propietario, que es aquí el símbolo de Dios, de quien viene toda paternidad: Que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña. Contaban los hebreos las horas de trabajo de sol a sol: de desigual duración, según las épocas del año; si la parábola se supone en el equinoccio, la hora primera es a las seis. Y hecho con los trabajadores convenio de un denario por día, los envió a su viña. En oriente suelen los trabajadores reunirse en la plaza pública, lugar de oferta y contratación de trabajo.

Y saliendo cerca de la hora de tercia, a las nueve, vio a otros en la plaza que estaban ociosos, esperando quien les llamara a jornal, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo, sin estipular precio del trabajo: Y ellos fueron. Volvió a salir cerca de la hora de sexta, a mediodía, y de nona, a las tres de la tarde, e hizo lo mismo. Salió, finalmente, cerca de la undécima, a las cinco, una hora antes de terminarse el trabajo, y halló otros que estaban allí, y les dijo: ¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos? Y ellos respondieron: Porque nadie nos contrató. Ríceles: Id también vosotros a mi viña, sin que les diga nada de la remuneración de su trabajo.

LA PAGA IGUAL A TODOS (8-16).

Caída ya la tarde, a la puesta del sol, dijo el dueño de la viña a su mayordomo, al siervo encargado de la intendencia general de los bienes del padre de familias: Llama a los trabajadores, y págales su jornal, el indicado por el señor a su mayordomo, comenzando desde los postreros hasta los primeros, de los que trabajaron una hora a los que cumplieron todo el jornal.

Cuando vinieron los que habían ido cerca de la hora de undécima, recibieron cada uno un denario, el precio de un jornal íntegro. Se omiten en la parábola los obreros llamados a horas intermedias, que seguramente recibirían también un denario cada uno. Y cuando llegaron los primeros, creyeron que recibirían más: la generosidad del señor con los que tan poco habían trabajado les hizo concebir halagüeñas esperanzas; pero recibieron también ellos un denario cada uno, conforme lo estipulado. De aquí sus quejas: Y tomándolo, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos postreros, sólo una hora han trabajado, cuando declinaba el día y no molestaba el sol, y los has igualado a nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor.

Mas él respondió a uno de ellos, o porque fuese como un capataz o porque se desdeñara el señor de hablar con todos, y le dijo: Amigo, buen hombre, no te hago injusticia: ¿no te concertaste conmigo por un denario? Recibiste tu paga justa y completa: Toma lo que es tuyo, y vete, sin lugar a réplicas: pues yo quiero dar a este postrero tanto como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío, de mis bienes, en mis negocios? ¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Suelen los judíos llamar hombre de ojo bueno al liberal y complaciente, y de mal ojo al malévolo o avaro o envidioso.

Termina Jesús la parábola repitiendo el aforismo que le ha servido de ocasión de ella: Así serán los postreros, primeros: y los primeros, postreros: porque no le faltan a Dios medios por los que, sin faltar a la justicia y sin daño de las promesas hechas a todos en general, dé, según su liberalidad, a quienes quiere tales gracias que viviendo poco tiempo, o convirtiéndose tarde o perteneciendo a inferiores grados jerárquicos o sociales, les permitan adelantar a todos los demás. Y da Jesús la razón de ello: Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos: llamados y escogidos son aquí todos justos, y se salvan todos, porque todos reciben el premio; pero en nombre de los llamados vienen cuantos, habiendo recibido gracias extraordinarias de Dios, no han cooperado a ellas con todas sus fuerzas, mientras otros han correspondido fidelísimamente a estas gracias: en los llamados prevalece la justicia; en los escogidos, la gracia.

Lecciones morales.

a) v. 1. — Un hombre padre de familias... salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña. El padre de familias es Dios, de quien viene toda paternidad en el cielo y en la tierra; los trabajadores son los hombres, que se conciertan con Dios, de quien reciben el llamamiento y la gracia, para trabajar en la viña del Señor, que es el campo de sus mandamientos, el alma de cada uno, la Iglesia. Salió muy de mañana el padre de familias, porque ya desde el comienzo del mundo ha llamado a los hombres al premio de la vida eterna, y cada uno de nosotros llama desde nuestro nacimiento. Las cinco horas de la parábola figuran las cinco edades de la humanidad, de Adán a Noé, de Noé a Abraham, de Abraham a Moisés, de Moisés a Jesucristo, de Jesucristo hasta el fin del mundo; o mejor, representan las cinco llamadas las cinco edades de la humana vida: la infancia, la adolescencia, la edad viril, la edad madura y la vejez. ¡Cuán generosa paternidad la de Dios que nos llama

a la posesión de una herencia sobrenatural que es El mismo y añade la fuerza divina de la gracia a nuestra actividad natural, y se ha preocupado en todos los siglos de que el mundo se salve, y a cada uno de nosotros nos llama insistentemente toda la vida, para que pueda darnos el divino denario de su gloria!

b) v. 8. —Llama a los trabajadores, v págales su jornal...—Los llama por la noche, cuando se ha acabado la luz de la vida y no se puede trabajar más, es decir, a la hora de la muerte; v les da su jornal, el que han estipulado con Dios mismo en su infinita misericordia. Por un trabajo insignificante, que lo es aunque dure toda una larga vida, promete Dios «un peso eterno de gloria» (2 Cm. 4, 17): promesa que arranca de su liberal bondad, a la que no tiene el hombre derecho radical de orden natural: pero que Dios, que es fiel en cumplir sus promesas. paga con escrupulosidad divina. Es «corona de justicia», según el Apóstol (2 Tim. 4, 8), que puede faltarnos si no faltamos nosotros defraudando nuestro jornal con las obras malas que podamos hacer en el cultivo de nuestra viña. Estamos ciertos, seguros, dice el Apóstol, que Dios cuenta nuestras obras y las guarda en depósito para pagárnoslas cuando muramos (2 Tim. 1, 12).

c) v. 9. —Recibieron cada uno un denario.—Los que trabajaron toda la vida y los que se convirtieron a la hora de vísperas, cuando les llamaba va la muerte, todos reciben el mismo premio: un denario. El sentido directo de la parábola es que todos los trabajadores de la viña a que se refiere el Señor lograron el mismo premio: es que el trabajo de los últimos fue más intenso, y en poco tiempo pudieron equilibrarse en méritos con los más antiguos, llegando a conquistar el mismo premio. Puede entenderse también el denario igual, de la igual duración de la vida, eterna para todos; o de la igualdad objetiva de la visión bienaventurada, que es la misma esencia de Dios para todos, aunque subjetivamente vea más, ame más y goce más el que más haya merecido en esta vida.

d) v. 15. — ¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno?— Con estas palabras nos da Jesús una magnífica lección de generosidad, de bondad, de magnanimidad. El es bueno para todos; da sus gracias como quiere, siempre más de las que merecemos, porque de condigno no merecemos ninguna; y, a pesar de ello, somos envidiosos tal vez de las gracias que Dios conceda a nuestros hermanos. Sin reparar que no sólo hacemos con ello injuria a la liberalidad de Dios, sino que quizá somos injustos con nuestro prójimo, que con su cooperación se habrá hecho acreedor a ellas. Porque nosotros no podemos juzgar sino de lo que vemos; y no nos es dado ver la íntima y misteriosa relación de las almas con Dios, la manera de servirle y corresponderle. Cuidemos nuestra viña; recibamos satisfechos nuestro denario; trabajemos más para mejorar nuestro jornal; pero no seamos raquíticos en estimar y admirar los dones que conceda Dios a los demás.

e) v. 16. — Muchos son los llamados, mas pocos los escogidos. — En esta sentencia de Jesús, tan llana en la apariencia, se esconde uno de los más profundos secretos de la economía de Dios en el régimen sobrenatural del mundo. Llama a muchos y responden pocos, primero, en el sentido de que

no todo el que oye la predicación se convierte a la fe; llamó a todo el pueblo judío personalmente, y fueron pocos los que le siguieron; llamaron los Apóstoles a los gentiles, y sólo después de siglos se ha convertido porción considerable, quedando, con todo, la mayor parte en la infidelidad. Llama, en segundo lugar, para salir del estado de pecado a muchos, y son pocos los que dejan sus vicios. Llama también a mayor perfección a los mismos justos, y son pocos los que siguen la voz de Dios. Es Dios quien selecciona, que llama a todos, a cada uno según su condición y estado, a mayor altura; pero la mayor parte se quedan en el llamamiento; son pocos los que se ponen al nivel de la voz de Dios. ¿Es la gracia de Dios? ¿Es la libertad del hombre la que falla? Digamos que es un misterio de la gracia y un misterio de nuestra libertad. Dejando a Dios que ejerza el absoluto señorío que tiene sobre sus gracias, acoplemos nuestra libertad a las que nos dé, y seremos santos.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, El Evangelio Explicado, Vol. II, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1967, p. 310- 314)